

Dalmiro Sáenz

TREINTA TREINTA



A través de estos siete cuentos y relatos cortos, Dalmiro Sáenz exhibe su destreza en este género narrativo. Los personajes de estas viscerales historias suelen marchar hacia la violencia y la sangre para desembocar, casi siempre, en un final imprevisto que sorprenderá a los lectores.

TREINTA TREINTA

NADIE lo vio llegar, y mucho menos Morgan, que estaba de espaldas en ese momento asegurando dos bolsas de semilla junto al asiento del carro. Pero lo cierto es que estaba ahí, montado en ese bayo encerado, sin gestos, sin sonido, sin pilchero, sin perros, como si en la mitad de la calle hubiese crecido una estatua inverosímil.

Cuando dijo –Morgan– la palabra cayó en el polvo de ese pueblito sin nombre en el norte del Chubut, y cuando la volvió a repetir, pareció que fueran las mismas sílabas, que él levantaba del suelo para volver a ofrecerlas al hombre, que unos segundos más tarde se iba a dar vuelta todavía sin la cara de terror que lo acompañaría durante los pocos segundos que siguió viviendo.

El primer disparo le atravesó la cabeza. Morgan todavía no había caído al suelo, cuando una sucesión de balazos desmoronaron la yegua zaina, entre las varas del carro y entre los aullidos de los perros, primero el Corbata y después el Limay, que alcanzados en la paleta despararraron sus muertes junto al cadáver de su dueño.

Ahora la calle se llenó de gente, salieron de las casas, del Almacén, del boliche, del Hotel de la esquina, sin darse mucha cuenta que estaban formando parte de un círculo cuyo centro era el hombre que ahora boleaba la pierna sobre el anca de su caballo, y tocaba por primera vez el pueblo con sus botas de taco alto y sus espuelas grandes, mientras aún conservaba en su mano un Winchester Treinta Treinta con el cerrojo abierto, y en su cara esa expresión

de feroz cansancio que mantuvo mientras caminaba unos pasos sin soltar el cabresto, y el círculo se desplazaba conservando su radio en todo momento, incluso cuando el hombre se detuvo para ponerse en cuclillas y tocar las manos de su caballo concentrándose un rato en los tendones sudados.

El primero en intentar hablar fue el viejo Fonseca; su chacra bordeaba el mismo pueblo y sus padres y los padres de sus padres se habían inclinado sobre surcos parecidos y habían mirado el mismo cielo con los ojos semicerrados; mientras ahora su hijo, cuyos hijos y los hijos de sus hijos estaban también ahí, con los demás vecinos abortos, cohibidos, abrumados, por esa fuerza que, indiferente a todo, parecía preocupada únicamente por las manos de su caballo, y cuando las palabras del viejo Fonseca, todavía pensamientos sin sonido o por lo menos no el sonido correspondiente a sus pensamientos se oyeron, los hombres –duros, fuertes, burdos, toscos, cobardes sin saberlo, porque sus vidas habían sido duras, fuertes, burdas, toscas y cobardes también sin saberlo, porque esa tierra demasiado seca les había absorbido sus sueños, su hombría, sus cosechas, su dignidad, su tiempo– miraron esperanzados al hombre como esperando una respuesta, una aclaración que justificara la muerte de Morgan, de su yegua zaina y de sus perros.

Pero el hombre al que días más tarde llamarían «Treinta treinta», no levantó la vista hasta después de un rato y cuando lo hizo, no fue para mirarlos sino consecuencia de haber levantado todo su cuerpo, que se inclinó un poco al tomar el cabresto y después caminó unos pasos mirando sobre su hombro las manos del caballo.

Ahora el círculo se siguió desplazando con él a lo largo de la calle y cuando se detuvo frente al jardincito de los Davidson fue porque el hombre había abierto la puerta de madera y hacía pasar el caballo detrás de él, y ahí en el cuadradito de alfalfa y pasto ovillo fue desensillando len-

tamente, mientras en el vidrio de la ventana la cara indignada de Mary Davidson se descomponía en palabras que jamás habría dicho en presencia de sus padres, pero que tras el vidrio de la ventana admitían cierta lógica que después en la puerta de su casa, que abrió todavía en el envión de su furia, se diluyeron en ese círculo del cual ella ahora también formaba parte junto con sus parientes amigos y vecinos.

–¿Por qué? ¿Por qué lo hizo? –dijo Mary– y ¿qué hacemos acá callados todos muertos de miedo?

Pero esto lo dijo varias horas más tarde en la reunión de vecinos que se formó en lo del viejo Fonseca, ahora algo desinhibidos de esa presencia que suponían dormida en el mejor cuarto del hotel, después de haber entrado como si fuera su casa y mirado unos instantes las cuatro puertas cerradas, eligiendo una de ellas por la cual pasó y también por la cual unos instantes después saldrían disparadas hacia afuera unas bolsas, dos maletas de viaje, un par de botas cuyo dueño en la reunión de vecinos diría indignado.

- Si no hacemos algo ahora después va a ser tarde, se va a apropiarse del pueblo como hizo con mi cuarto.

–Y con mi jardín –dijo Mary.

–Y con mi marido –podría haber dicho la mujer de Morgan si hubiera estado en la reunión, en vez de estar en su casa con el llanto ya seco, preocupada en calcular cuánto le cobraría su vecino Silvestre en sembrarle las dos bolsas de semillas y cuanto le costaría reemplazar la yegua zaina y unas de las varas del carro, que había quebrado al caer muerta. Porque era un pueblo de agricultores muy pobres y muy solos en la Patagonia ancha del año 94, y el tiempo lento de los años duros sólo había dado tiempo a ese tiempo y a esa dureza, impidiendo el derroche del esfuerzo, del agua, de las virtudes, de las semillas, de los defectos, de las pasiones, de los bueyes; de las mulas, de los caballos de pecho y de cualquier actitud, movimiento o

pensamiento que no formase parte de esa férrea determinación de subsistencia.

Uno de los Vanderson fue el que habló después, su cara parecía formar parte de algo mucho más viejo que su cuerpo, tal vez cincelada por esa eterna espera de los que nada tienen que esperar, por lo menos del suelo y de los hombres que llevaban su apellido y que habían dividido su tierra en tantas partes como hijos eran, y cada uno de ellos trabajaba esa parte como si él ya no existiese desde el día aquel, en que sus manos dejaron de cerrarse sobre las empuñaduras del arado, para apoyarse abiertas en el dolor de su cintura, de donde parecían no haberse apartado desde entonces, y mucho menos en ese momento en que sus manos no sólo encerraban su cintura sino también sus palabras cuando dijo:

–Yo no puedo hacer nada... el reuma, saben, el reuma... pero en casa tengo un fusil viejo y algunos de ustedes también tienen armas... Y si nos juntamos...

- Ninguno de nosotros sabe tirar, hace años que no tiramos un tiro y los pocos que tenemos armas ni sabemos en qué parte del galpón las tenemos guardadas, yo creo que tenemos que esperar a que se vaya. Para qué se va a quedar acá si no tenemos nada que le pueda interesar.

- Tal vez lo están persiguiendo, tal vez algún baqueano de la policía le está siguiendo el rastro –dijo alguien– tal vez lo mejor sea esperar.

–Y dejar mientras tanto que sea dueño del pueblo –dijo Mary indignada– dejar que su caballo viva en mi jardín y se coma el alfa de mis pollos.

- No –dijo una voz del fondo del grupo. Entonces todos se dieron vuelta, Mary, el viejo Fonseca, Davidson, los dos Mayer, Santos el mayor de los Faisca, las mujeres, todos se dieron vuelta, porque ese «no» formaba parte de las palabras que cualquiera de ellos querría haber dicho, y lo miraron por eso, como mirándose a sí mismos, como cuando miraban sus campos con las espigas triunfantes

sobre la erosión y la seca o como cuando miraban a sus hijos en algún atardecer quién sabe cuándo. D'Acosta que no oía muy bien dijo a alguien:

—¿Quién es?

—Forester —le dijeron.

—¿Cuál de los Forester?

—El menor.

El que hasta ese momento era considerado en la chacra como un chico, porque sus dos hermanos eran bastante mayores, y que ahora dueño de ese «no», de las miradas, de la sonrisa que Mary le había dedicado, dueño además de las respuestas al aluvión de preguntas que después surgieron.

—¿Vos?

—¿Cómo?

—¿Con qué? Él tiene un Winchester treinta treinta, vos ¿qué tenés?, una escopeta vieja que ni siquiera sabés si funciona.

Entonces el más chico de los Forester habló, y sus palabras escuchadas como no lo habían sido nunca en cerca de veinte años fueron éstas:

— Yo lo vi al hombre cuando lo mató a Morgan, llevaba el treinta treinta cruzado sobre el recado y empezó a tirar sin llevarse siquiera el rifle a la cara, a Morgan le atravesó la cabeza, a cada perro le pegó en la paleta y a la yegua le metió cuatro balazos casi en el mismo sitio. Todos nosotros juntos con buenas armas nunca podríamos ni siquiera empezar una pelea con él y mucho menos terminarla.

Por un instante se quedó callado, mientras pasaba la palma de sus manos por el pantalón descolorido, igual que hacía cerca de diez años en la cocina de su casa, cuando sus ojos se agrandaban de admiración ante las hazañas que el padentrano Silveyra contaba lentamente, subrayando la autenticidad de cada pelea con los tajos hondos de su cara vieja, impassible junto al fuego familiar, como lo estuvo los días subsiguientes cuando ambos descal-

zos con cuchillos de madera con la punta tiznada trataban de alcanzarse en esas primeras lecciones de rudimentaria esgrima, que harían al más chico de los Forester decir diez años más tarde:

–Sólo hay una forma, desafiarlo a pelear a cuchillo.

–¿Qué?

–Sí, a cuchillo, me fijé en sus manos, no tiene los dedos tajeados, no debe ser cuchillero dijo con sencilla seguridad como lo hubiera dicho el padentrano Silveyra.

Al fin de esa noche la decisión estaba tomada. Forester desafiaría al «hombre del treinta treinta» como le decían al principio –y después «treinta treinta» sólo, como le dirían más tarde– a pelear a cuchillo de manera de hacerlo separarse del winchester y una vez iniciada la pelea retrocedería hasta alguna parte, donde estarían apostados algunos de los vecinos con sus horquillas de emparvar, con palos y hasta con los perros.

Cuando amaneció, Treinta treinta ya estaba en el jardincito de Mary, su caballo al extremo del atador se dejó acariciar nervioso y cuando él en cuclillas observaba los vasos, la mirada de Mary a través del vidrio de la ventana recorrió su nuca, su espalda y el cabo de plata que asomaba sobre el borde de charol del tirador. Después su mirada volvió a la nuca y sin darse mucha cuenta se demoró un rato en el perfil violento y cuando sus ojos se encontraron ambos quedaron contentos de sí mismos.

Él volvió a su caballo, ella al interior de la casa, que había construido su padre como un límite de sus sueños y que ella había aceptado durante cerca de diecinueve años, pero que ahora y ahí, con el hombre cuyo caballo todavía masticaba la alfalfa de sus pollos a pocos metros de su desconcierto, le pareció chica, mezquina, agresivamente propia y tal vez ajena.

Sus manos y sus antebrazos enharinados detuvieron su accionar unos instantes más tarde, cuando la voz de su pa-

dre invadió la cocina y desalojó sus pensamientos cuando dijo:

–¿Te va a alcanzar la leña?

Y ella dijo –no– sin saberlo, como una pueril venganza a no sabía qué.

Ahora su padre estaba dentro de la cocina y de su camiseta y de sus alpargatas y de los pantalones sostenidos por la faja negra pero fuera del desasosiego de la angustia de lo que estaba afuera y que él ahora miraba por el vidrio de la ventana mientras decía:

–Todavía está el caballo.

–¿Y el hombre?

–No, el hombre no está.

–¿No está?

–No.

–Estaba hasta recién.

–Ahora no está. ¿Fuiste a la reunión anoche?

–Sí.

–¿Qué decidieron?

–Desafiarlo a pelear a cuchillo.

–¿Qué?

–Desafiarlo a pelear a cuchillo –repitió el más chico de los Forester dos horas más tarde, mientras sus manos abiertas con las palmas hacia atrás colgaban sobre sus muslos y los pies un poco separados listos para aumentar la distancia si fuera necesario, como le había enseñado el padentrano Silveyra y tal vez como lo hubiera hecho si no hubiese muerto en esa rodada por Río Chico para dispersarse en piches, peludos, gusanos y aguiluchos, momentáneos depositarios de su carne y de su sangre.

«Treinta treinta» lo miró en la mitad de la calle, no muy lejos del lugar donde había muerto Morgan, y los vecinos apostados en donde habían convenido dijeron después haber visto y oído más o menos esto:

–Como guste.

El más joven de los Forester con la mano derecha alerta, tensa, detenida a escasos centímetros del cabo de su cuchillo, mientras las manos de «Treinta treinta» parecían ajenas a la situación, también ajena para su cara, para sus brazos, para el winchester que colgaba indiferente a lo largo de su cuerpo.

–Con cuchillo –insistió Forester.

–Si usara el rifle a esta distancia estaría loco –fue la respuesta, y Forester ya no se sintió importante, sino que era nuevamente el más chico de los tres hermanos y su mano se aferró a su única fortaleza que era el cabo de ese cuchillo, hecho para cortar el pan, desvasar su caballo, carnear capones, pero que ahora, en el aire quieto de su última tarde, se tocaría con la hoja cuyo filo, contrafilo y su punta, hechos de una forma para que su forma no tuviera casi resistencia al entrar en la otra forma, empujada por el brazo, veloz, implacable, experto, que había parado los dos torpes y primeros hachazos y desviado una puñalada para entrar, esa forma en la otra forma, todavía parada con ambas manos sobre el asombro de la herida como enmarcando el nacimiento de la muerte, de lo oscuro, del miedo, de la sangre que empapaba el pantalón y corrían por sus piernas duras, sosteniendo el peso del hombre que ya se sabía muerto, mientras decía con una voz infantil, asustada, lejana en el tiempo, como surgida de su infancia.

–Me voy a morir.

–Sí –dijo Treinta treinta, no como un mandato o una decisión, sino como un acatamiento a algo más poderoso mientras bajaba la vista hacia el suelo como esperando a ese cuerpo.

Cuando cayó, todos se acercaron corriendo, sus dos hermanos, sus amigos, sus vecinos y el más chico de los Forester fue dado vuelta y abrazado por el más chico de los Forester, pero que aún no lo sabía, y la sangre con el respaldo del corazón detenido, ya muerta ahora, quieta, sin objeto, llenando las manos impotentes del que ahora

ya sabía que era el más chico de los Forester, que miraba sus manos empapadas en esa sangre propia y ajena, que aceleraba la otra sangre también propia y también ajena.

Treinta treinta se había dado vuelta y caminaba despacio, llevando el winchester como una muleta ociosa bajo el brazo izquierdo y cuando aquél se incorporó –dejando con suave respeto en el suelo el cadáver del que le había otorgado un nombre, una violencia imperativa justiciera y el mandato perentorio de su amor y de su odio– se detuvo sin llegar a darse vuelta, pero miró un poco sobre su hombro como esperando. Forester embistió y fue ése el momento importante en ese pueblito sin nombre en el norte del Chubut, porque la órbita y el sonido que la culata del winchester produjeran ese día, perduró para siempre en el recuerdo de esos hombres, que ahora de espaldas a los hechos, se alejaban vencidos del segundo de los Forester, que con la mandíbula destrozada por ese culatazo, indiferente, desdeñoso, velocísimo, aullaba de dolor en el suelo con la cara entre las manos.

Y volvieron a sus trabajos, a sus chacras, a sus semillas, a sus arados, a sus mujeres, a sus hijos, mientras Treinta treinta quedaba dueño de ese pueblo que parecía no interesarle en absoluto, recorriendo su única calle, viviendo y comiendo en el hotel, entrando a veces en el almacén y tomando lo que necesitaba, primero ante el estupor disimulado, luego la indignación callada y por último la indiferencia de sus dueños.

Porque ahora aceptaban esa dependencia como habían aceptado otras, como las secas, como la erosión, como los vientos, como los precios cada año más bajos de sus cosechas, llevadas a través de la distancia larga y pisoteada por los bueyes y por las mulas.

Nunca hablaba con nadie, ni siquiera miraba a los que lo miraban, y aquella vez que pidió una piedra de afilar, nadie se extrañó cuando uno de los vecinos fue a buscarla a su casa y se la trajo, porque al adueñarse de las cosas se

había adueñado de los poseedores de las cosas, porque las cosas en los desiertos como en las grandes ciudades justifican las vidas y las vidas dependían muchas veces de la posesión de las cosas.

Mary Davidson era la única persona del pueblo que le hacía volver la cabeza cuando sentado en los escalones de la galería del hotel la veía pasar. Un día la chistó y ella se detuvo y cuando él le hizo señas que se acercara, Mary Davidson lo hizo.

—¿Qué?

Él insistió en su gesto y ella se acercó más, con su dócil rebeldía distribuida entre las cejas y los ojos y algo en las palabras.

—¿Qué quiere?

—El bayo le va a terminar el alta.

—Y... —dijo ella.

—En el boliche tienen semilla, se podía sembrar algo detrás de la casa.

—No alcanzaría el agua.

—Es una lástima, por sus pollos digo yo.

—Y, qué se le va hacer.

Después los dos se quedaron callados un rato hasta que ella señaló con la cabeza el winchester y dijo:

—¿Y eso siempre lo lleva?

—Ahá.

—El finado Don Rosas tenía uno.

Después el silencio nuevamente y ella dijo:

—Me voy.

—Hasta luego.

Cuando llegó a su casa se miró en el espejo de la cocina y el pelo fue puesto y retirado de detrás de las orejas una y otra vez, en sucesivos y rabiosos intentos de parecerse a sí misma y cuando terminó de peinarse sonrió al mirar su propia sonrisa ocultarse tras la seriedad de su cara.

Afuera la tarde desierta se arremolinaba de viento, nadie cruzaba la calle y si alguien lo hubiera hecho sería inclinado, entrecerrando los ojos y protegiendo su cara de la tierra agresiva. Treinta treinta desde el bar del hotel miraba hacia afuera con su cara indiferente enmarcada entre el barbijo negro de su sombrero negro, mientras su misma cara sin barbijo y sin sombrero, horizontal, sobre una mesa al principio y luego pasada de mano en mano, junto con las palabras: «BUSCADO» «\$ 20 000 por su cabeza» parecía también mirar indiferente las miradas nada indiferentes de los hombres.

—¿Dónde estaba?

—Hace mucho que lo trajeron, me dijeron que lo clavara en la pared del boliche, los \$ 20 000 los da el Banco de Londres de Río Gallegos. A mí la cara me pareció conocida, entonces le dije a ella, buscá entre los papeles.

—Veinte mil pesos —dijo alguien.

Y todos pensaron en los veinte mil pesos, que era casi el doble que el valor de sus chacras y de sus animales y de los arados y de sus herramientas y de sus carros. Y uno de los más viejos, seguramente Fonseca, dijo:

—Si lo matamos entre todos podríamos dividirnos la plata.

El más chico de los Forester dijo:

—No.

Nuevamente un Forester fue mirado por todos, porque cada uno de ellos se sintió un poco dueño de ese «no», porque Treinta treinta ya formaba parte del pueblo y lo habían visto comer y bostezar y estirar la mano para tomar un vaso y afeitarse y lavarse y secarse la cara con la toalla junto a la bomba del patio del hotel. Por eso ahora, familiarizados con los movimientos del hombre que hasta ahora no había sido más que movimientos, la jerarquía de su terror había sido sustituida por el acatamiento a una serie de condiciones, yeso había dado a los habitantes del pueblo, la seguridad que sienten los hombres libres cuando

eligen el camino de la esclavitud. Y el miedo ya no lo tenían, como no tenían miedo a las secas, o al hambre, porque sus leyes eran inexorables y no existía el elemento fundamental del terror, que es el de la posibilidad de la elección.

—... Y el que lo mate tiene derecho a los veinte mil — terminó de decir el más chico de los Forester, y el murmullo de aprobación que siguió a sus palabras se prolongó horas después en las casas respectivas, ante bocas entrea-biertas de asombro ante la magnitud de la cifra y ojos abiertos ahora nuevamente de miedo ante la idea de ser ellos los autores de esa muerte, ante la idea de afrontar nuevamente la posibilidad de la elección.

—Veinte mil. Te das cuenta, veinte mil.

—Pero ¿cómo?

—No sé cómo, pero tiene que haber alguna forma.

—Con veneno —era la tesis defendida en alguna casa.

—A la noche, cuando esté dormido —decían en otra.

—Un tiro por la espalda desde una ventana. Eran ideas, eran proyectos, eran sueños, eran hombres nuevamente con miedo, eran hombres nuevamente libres, eran hombres; y era Mary, y era Treinta treinta, abrazados junto a un molle en las afueras del pueblo, apretados uno contra el otro mientras sus bocas aplastaban los besos y el winchester ahora extendido en el suelo, paralelo a las sombras que la luna acostaba sobre el polvo.

No hablaron por un rato largo, como con miedo a esa primera palabra y la cintura de ella dando forma a esas manos, que a su vez daban forma al arco de su cuerpo, tan junto al otro cuerpo que la noche parecía quedar fuera.

Hacia arriba las distancias se interrumpían una a una en cada estrella y hacia abajo la tierra estaba quieta como esperando.

El vestido se apelonó junto al tirador y al cuchillo y ella sobre el poncho extendido estaba desnuda, la luz de

la piel parecía iluminar la luna y las manos de él se detenían a veces en alguna parte.

Entre los muslos se notó más la suavidad y la aspereza de ambas pieles y la rodilla al flexionarse liberó la mano de su momentánea quietud y ésta siguió entonces su ávido recorrido por el cuerpo. Cuando las piernas fueron separadas él la poseyó, y sus figuras sobre el plano del mundo parecían una sola oscuridad, convulsionada, absurda y sin motivo, y la figura del mundo, desde el plano del poncho extendido, parecía para Mary y Treinta treinta, una sola oscuridad, convulsionada, absurda y sin motivo.

Alguno de los dos dijo:

–Para siempre.

Tal vez sonreían.

Desde esa noche el pueblo se empezó a sentir dueño de Treinta treinta, porque los hombres son los que con sus apetitos y los sueños se nutren de esos apetitos y los habitantes del pueblo soñaban en la forma, en el momento, en el lugar en que esas manos laboriosas, toscas, cobardes, avarientas, fueran dueñas de esa muerte. Por eso lo miraban, lo observaban, trataban de acercarse, mirándose recelosos unos a otros por miedo a que alguien se adelantara, porque poco a poco fueron sintiéndose dueños de esa vida que ajena a todo seguía desplazándose por la calle, dentro del hotel, en el boliche, en el almacén, actuando como si fuese el poseedor de ese pueblo, cuando en realidad ahora era el poseído.

Un lugar estratégico para disparar sobre su espalda al entrar al hotel, ubicado en una lomita oculta de duraznillo, fue disputado a golpes por dos de los vecinos. Otra vez un hombre quedó de guardia toda una noche bajo la ventana de Treinta treinta, por sospechar que otro lo iba a atacar. Alguien otra vez le volcó un vaso de vino como por descuido, ante la sospecha de que tuviese veneno. Le cuidaban la vida, para poder tener después la exclusividad de su muerte; trataban de hacerse amigos de él y hasta las